

Capítulo 1

Infancia y adolescencia

Lucrecia ha recibido hoy una carta personal. Un sobre con su dirección correcta y su remite conocido. En cuanto la ha identificado, la ha dejado a un lado, sin abrirla, sin tocarla siquiera. Solo con mirarla le invade un aluvión de recuerdos, de sentimientos, de emociones intensas. Pasa de la ira más violenta a la nostalgia más lacerante. Experimenta la alegría, el enfado, el cariño sincero y el odio agrio producido por una traición.

El correo siempre ha sido un motivo de inquietud. Las cartas traen malas y buenas noticias. Traen la huella de sus autores y la evidencia de su ausencia. Son importantes las palabras escritas y también las que no se escribieron, las que no se encuentran por mucho que se relea. Todo lo que contiene un sobre refleja los acontecimientos o los pensamientos de varios días atrás. Pero nada sabemos de lo que ha ocurrido desde que se cerró el sobre hasta el momento de abrirlo, un tiempo después. Una carta puede ser intrascendente: *espero que al recibo de esta te encuentres bien, nosotros bien, gracias a Dios*. Puede ser dramática: *siento mucho comunicarte el fallecimiento de...* Puede ser maravillosa: *te quiero mucho*. Y así podíamos ir reconociendo cientos de frases posibles. Nada sabemos antes de rasgar el sobre.

Lucrecia sigue mirándola intensamente. No quiere abrirla. No quiere leerla. Solo el sobre ya le proporciona mucha información. Viene de Argentina. La manda

Alberto, su marido, y ha escrito él mismo la dirección y el remite. O sea, que él está bien, suficientemente bien como para escribir. Sigue mirándola con preocupación. Y, mientras lo hace, un montón de recuerdos le vienen a la mente. Una larga historia, toda una vida repleta de anécdotas, episodios y sucesos. Todo empezó hace muchos años en Asturias.

Fue el 31 de marzo de 1915. Los días especiales no se suelen olvidar. Empecé llamándome Lucrecia Pérez Fernández, porque así se llamaban mis padres. Vivía en un pueblo de la ribera del Nalón, en Asturias, llamado La Felguera, donde todo era negro a causa del carbón de las minas. Llovía con frecuencia y se formaba un barro sucio y pegajoso que impregnaba las calles, las casas, la ropa y hasta el carácter de sus habitantes. La piel de las personas tenía un tono grisáceo, y su alma, un tono triste y desesperanzado. La vida era dura para todos. Los mineros pasaban día tras día sin ver la luz del sol, en las profundidades, arrancando a la tierra aquel carbón tan negro y tan difícil de extraer. Sus ropas y su piel conservaban el color y el olor de la mina. Las mujeres preparaban su comida, lavaban su ropa, cuidaban sus niños y, por encima de todo ello, tenían miedo, miedo de que pasara algo. Las familias allí se regían por el toque de la sirena que avisaba de la entrada al tajo, de la salida y de cualquier accidente que ocurriera. Todos los días a las mismas horas sonaba la sirena marcando el ritmo de la vida, del trabajo, del descanso. El sonido de la alarma fuera de las horas rutinarias significaba problemas y ponía al pueblo entero en alerta angustiada y desasosegada. Cada vez que esto ocurría, alguna familia

quedaba marcada por el dolor, y las demás se preparaban para la próxima, que tal vez, Dios no lo quisiera, podía tocarles a ellos.

Yo iba a la escuela con regularidad y era una alumna aplicada y estudiosa. La maestra era joven, le gustaba su profesión y encontraba una palabra amable para cada uno. Contaba historias bonitas y nos enseñaba aritmética, fundamentalmente las cuatro reglas; ciencias naturales, que trataban de plantas y bichos; algo de historia, y sobre todo nos enseñaba comportamiento, basado en valores de respeto, obediencia y sinceridad. Intentaba poner un punto de alegría, un asomo de optimismo en aquellos niños que le habían encomendado y que formaban parte de su vida. Vivía sola en una casa de minero que le había asignado el alcalde y se llevaba bien con todos los vecinos. Tenía una maceta con una planta, que malvivía en su ventana. Cada primavera sacaba unas florecillas blancas, pequeñas y frágiles que se caían en un par de semanas. Eran el final del frío y el principio del buen tiempo. El momento en que los niños podíamos salir a jugar a la calle después de las clases.

Un día, que yo no sabía que iba a ser especial, me estaba aseando, cuando mi madre, que sí que lo sabía, porque lo había preparado, me dijo:

—Lucrecia, hoy no vas a ir a la escuela. Cuando padre y tus hermanos se vayan a la mina, te calentaré un barreño de agua para que te laves entera. Luego, te pones el vestido de los domingos.

Mi madre era mujer de pocas palabras, pero nadie nunca ponía en duda sus órdenes o sus consejos. Era alta, enjuta, enlutada de la cabeza a los pies, muy trabajadora y muy severa. Mi padre la respetaba, y mis hermanos hubieran hecho cualquier cosa que ella les pidiera. Dirigía nuestras vidas sin estridencia, pero con

autoridad. Era la persona más próxima a mí. Yo la quería mucho, aunque no prodigábamos besos ni ternezas.

Cuando acabé de lavarme, me peinó con esmero y me puso dos cintas en los extremos de las trenzas. Indudablemente, no iba a ser un día normal. Luego sacó mis mudas y mi humilde vestido de diario y lo ató con un pañuelo. Yo me di cuenta de que le temblaban las manos.

Un rato más tarde, llegó mi hermana mayor, Ana, que no vivía en casa. Hacía años que estaba sirviendo en la Casa Grande y no la veíamos casi nunca. Mi madre le puso un café y unas rosquillas.

—¡Cuánto me alegro de verte, hija! Gracias por venir. Te he mandado llamar porque hay cosas que tienes que saber. La salud de tu padre ya no aguanta más. Le van a dar la baja. Yo tampoco estoy muy bien. Aquí está lo que dice el médico —le tendió un papel con el membrete de la compañía—, tú lo entenderás.

Ana leyó en voz alta: «La silicosis está muy avanzada y casi no ve nada a causa de las cataratas. Presenta un riesgo alto para su seguridad y la de sus compañeros. Se recomienda la baja permanente».

—Siento que la enfermedad de padre haya ido tan rápido. Él, que siempre ha sido tan fuerte, que nos ha protegido a todos —lo dijo con un deje de nostalgia por su propia niñez y de cariño hacia su padre—. Un hombre como una roca que ha dejado su vida en la mina para que nosotros saliéramos adelante. ¿Cómo se va a arreglar usted sola cuidando a tres hombres, uno de ellos enfermo, además? Necesitará ayuda. Lucrecia va haciéndose mayor. Podría dejar la escuela y echarle una mano.

—No, no, de ella te quería hablar —su madre la interrumpió con cierta ansiedad—. Como habíamos pensado siempre, Lucrecia tiene que salir de aquí, podría entrar en la Casa Grande a servir. Esta vida es muy dura y me gustaría mucho

sacarla de este ambiente, como hicimos contigo, hace unos años. Tú estás contenta con el trabajo, ¿verdad? Lucrecia es una chica muy espabilada. Me gustaría que llevara una vida mejor. Ha llegado el momento de que te la lleves contigo a la Casa Grande. Tiene ya catorce años y hará un buen papel. Allí aprenderá otras cosas y tendrá más posibilidades. Yo he hablado con Luisa, nuestra vecina, que se quedó viuda y no tiene muchos recursos. Hemos acordado que me ayudará en las tareas de la casa a cambio de la comida y alguna gratificación.

Yo escuchaba su conversacion sin intervenir, sin que nadie me preguntara, como si no tuviera nada que ver conmigo.

—¡Está bien! Siempre se preocupa por todos nosotros, madre. En la Casa Grande están todos los puestos cubiertos, pero haré lo que pueda. ¡No sé! Podría empezar como ayudante de la cocinera. No me gustaría que los señores creyeran que estoy llenando la casa de parientes.

—¡Muchas gracias! Siempre se puede contar contigo. Eres una buena hija.

Mi hermana sacó un sobre del bolsillo y lo puso en manos de mi madre, que lo guardó en una caja de hojalata, donde yo sabía que guardaba el dinero.

Estuvieron hablando hasta que a media tarde llegaron mi padre y mis dos hermanos. Se alegraron mucho de verla. Venían cansados y hambrientos. Cenamos todos juntos, y mi madre les contó que yo me iba a ir con Ana. Mi padre estuvo muy cariñoso, y mis hermanos se metieron conmigo y me gastaron bromas. Cuando acabamos, mi hermana se levantó y me dijo:

—¡Vamos! Pronto pasará el coche que tenemos que coger. No podemos perderlo.

Ana se despidió de madre y padre. Yo abracé a todos con cariño y marché detrás de mi hermana a buen paso. No me iba para siempre, pero no sabía cuándo

volvería a mi casa. Dejaba atrás mi infancia de golpe, sin saberlo, sin prepararlo. Estaba un poco asustada. Todos me desearon buena suerte.

Cogimos un coche de punto con dos mulas, que hacia el trayecto hasta Gijón. Nosotras íbamos solo a unos doce kilómetros, y el viaje duraría más de una hora. Nada más sentarnos, mi hermana dijo:

—Como ha querido madre, te vienes a trabajar a la Casa Grande. Allí aprenderás a cocinar y a comportarte. Estarás tres meses a prueba y, si te portas bien, se te asignará un sueldo. Una parte se la darás a madre, como hago yo, y los hermanos. El resto es tuyo. Allí soy el ama de llaves, y todos me tratan con respeto y me llaman doña Ana, incluida tú. Solo los señores me llaman Ana. Ellos son cuatro: el señor, la señora y dos hijos. Es probable que ni siquiera los veas. Si te los encuentras, te mantendrás mirando al suelo y solo les hablarás si te preguntan.

Mi hermana era una buena persona, pero era un poco seca y un mucho estirada. Había alcanzado un buen puesto en su trabajo y estaba orgullosa. Por nada del mundo lo pondría en peligro. Ya había dicho todo lo que yo necesitaba saber y no volvió a abrir la boca. Por la ventanilla desfilaban una serie de paisajes que yo no había visto nunca y que me alejaban de todo lo que conocía y amaba. Mi casa y mi familia habían sido mi universo. No sabía lo que me esperaba. Dos gruesas lágrimas escaparon de mis ojos sin que pudiera evitarlo.

Cuando llegué a la Casa Grande, lo primero que llamó mi atención fueron los colores. Estábamos a doce kilómetros y parecía otro mundo. Allí no llegaba el negro del carbón y los colores llenaban la vista. Habíamos andado un buen trecho de camino cuando llegamos a una verja verde y negra con adornos dorados. Arriba ponía *Dóriga de la Vega - 1870*. ¡Qué bonita! Sin dudarlo, mi hermana sacó una llave

de la faltriguera y entramos en un jardín muy frondoso. Al fondo se veía una casa apoyada en la montaña, tenía dos plantas y un tejado abuhardillado. Mi hermana no se dirigió hacia allí, sino que dimos un rodeo por el jardín para entrar por detrás. Así llegamos a la cocina, donde yo iba a trabajar los próximos años y donde mandaba Casilda, la cocinera. Iba vestida de blanco de arriba abajo. Incluso llevaba un gorro blanco. Era bajita y gorda, mayor y gruñona. Pensé que era lo contrario de mi madre. Me dio un uniforme blanco y dos delantales y me dijo que tenía que llevarlos impolutos. Yo ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra.

Pronto me acostumbré a sus constantes enfados, que no duraban ni un minuto. Mi tarea, al principio, consistía en fregar todo lo que se manchaba por allí, que era mucho: platos, tazas, cacerolas, las mesas, el suelo. Había que poner especial cuidado con la vajilla que usaban los señores, que era una porcelana tan delicada y fina como un papel de seda. Luego aprendí a limpiar y cortar las verduras y a trocear los animales: gallinas, pollos, corzos, pavos... Después aprendí a preparar una buena sopa, y así poco a poco iba creciendo y formándome sin saberlo. Me gustaba mi trabajo, y el ambiente me parecía infinitamente más amable y enriquecedor que el de las minas, por lo que estaba muy agradecida a mi madre y a mi hermana, que me habían proporcionado aquella vida. Aunque muchas veces me acordaba de mis padres y de mis hermanos y los echaba de menos.

Todos los días tenía un rato libre, desde que recogía la cocina después de comer hasta que empezábamos a preparar la cena. La buena de Casilda se echaba una siesta, y yo me sentaba en aquella cocina enorme y soñaba. Aquella casa había despertado mis sentidos y mi imaginación. Había descubierto los colores; estaban en el jardín, en las paredes, en la vajilla, en los salones. Una vez, había subido a la planta principal y quedé deslumbrada. Yo no podía imaginarme un sitio tan bonito,

con espejos y lámparas deslumbrantes. También había descubierto nuevos sabores. Mi madre preparaba una comida muy sencilla y monótona. Aquí se comían muchas clases de verdura, carne e incluso pescado. Y se acompañaban con salsas. Pero lo mejor, sin duda, eran las frutas y los dulces. Era otro mundo. También empecé a apreciar los olores de las flores, de las comidas, de las personas. En todo esto pensaba, sentada en aquella cocina.

Me enteré de que en Europa había una guerra; mundial la llamaban. Morían personas y se destruían pueblos enteros. Muchos países estaban implicados, y los hombres tenían que dejar sus casas y sus familias para ir a luchar. Pero a mis señores les beneficiaba. Ya no se podía conseguir carbón inglés y el nuestro se pagaba mejor. Además, los productos de la industria siderúrgica se valoraban mucho. El acero era muy necesario para hacer cañones, tanques, barcos y todo lo necesario para la guerra. En la casa había un ambiente de euforia económica. Una prueba de ello fue la llegada de un coche que no necesitaba caballos ni mulas. Con él llegó Ramón, un mecánico que sabía conducirlo e incluso repararlo cuando se estropeaba. Se pasaba las horas sacando brillo a los cromados y engrasando el motor. Solía llevar al señor y al señorito Guzmán a La Fábrica de la Felguera todas las mañanas. Y luego volvía, por si la señora lo necesitaba. Tenía mucho tiempo libre y solía leer libros. Un día me dejó uno: *La isla del tesoro*. Empecé a leerlo con cierta reticencia, porque me recordaba el colegio. Inmediatamente, me conquistaron las aventuras de los piratas. Fue un descubrimiento. Estaba deseando acabar las tareas para ponerme a leer. En los libros encontré un mundo apasionante de situaciones, de sentimientos y emociones que eran nuevos para mí.

Como no me gustaba que me interrumpieran, me acostumbré a ir a un pequeño almacén que había en el jardín donde se guardaban, en invierno, los

muebles de exterior, mesas, sillones y sombrillas. Yo no debía estar allí, pero nadie se dio cuenta. Todos los días me sentaba y disfrutaba de las vidas imaginarias que encontraba en los libros. Una tarde, se abrió la puerta y entró un muchacho al que no conocía. Me puse de pie y le dije con cierta brusquedad.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?

—Lo mismo podría decirte yo. ¿Quién eres tú y qué haces aquí?

—Yo vengo todos los días a leer aquí, no hago daño a nadie y no me gusta que me interrumpen. ¿De dónde has salido tú?

—Yo soy Alberto. He llegado hoy de vacaciones y no quiero dormir la siesta. Había decidido pasear por el jardín cuando te he visto entrar aquí.

Casi me muero allí mismo. Era el hijo pequeño de los señores, el señorito Alberto. Yo no le había visto nunca, porque estaba en Oviedo estudiando, pero había oído hablar de él. Me puse roja como un tomate y me quedé mirando al suelo como me había dicho mi hermana. Él se dio cuenta de mi azoramiento y soltó una sonora carcajada.

—Ya verás que no muerdo. ¿Qué estás leyendo?

—Estoy leyendo un *Episodio Nacional*, en el que se cuenta cómo se sublevaron en Madrid contra las tropas francesas de Napoleón. No consintieron que se llevaran fuera de España a los infantes y hubo una gran matanza.

—Ese libro no lo he leído, pero tengo otros muy interesantes. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha prestado Ramón, el mecánico. Él tiene muchos libros y también revistas.

—Podemos intercambiarlos... si tú quieres.

Llevábamos un rato hablando y no me había pasado nada. Decidí que era agradable hablar con alguien de menos de treinta años.

—Me llamo Lucrecia y soy la ayudante de la cocinera. Si dices que me has encontrado aquí, seguramente me regañarán.

—No, no pienso chivarme. Es más, me gusta este sitio. Vendré alguna tarde a leer.

Desde el primer momento congeniamos. Yo tenía quince años, y él, diecinueve. Éramos los más jóvenes de la casa. Al principio, venía de vez en cuando, pero pronto se convirtió en una costumbre. Empezamos a comentar los libros. Juntos nos conmovimos con *David Copperfield*, nos reímos con las aventuras de Julio Verne, sufrimos con las desventuras de Jean Valjean en *Los miserables*. Los comentábamos, discutíamos y exponíamos con pasión nuestros puntos de vista. Las tardes se pasaban volando y, antes de que acabara el verano, yo ya estaba locamente enamorada de él. Cuando se marchó al colegio de nuevo, a mí me pareció como si hubieran apagado la luz y todo fuera más triste. Seguí leyendo todas las tardes y, mientras lo hacía, pensaba en él, en lo que iba a contarle, en lo que él me diría y lo que yo le contestaría. Todavía lo hago cuando encuentro una idea nueva en un libro.

El invierno fue largo, frío y oscuro, pero pasó y llegó la tarde que yo había soñado. Estaba impaciente, esperando que se abriera la puerta del cobertizo y entrara Alberto. Esta vez no me sorprendería porque yo ya sabía que la noche anterior había llegado a la casa. ¿Y si no venía? ¿Y si se le habían olvidado nuestras charlas? ¿Y si ya no le interesaban las conversaciones con una criada? La impaciencia me consumía. A medida que pasaban los minutos tenía más miedo de

que no viniera, de que ni siquiera se acordara. De repente, se abrió la puerta y apareció Alberto, más hombre, más guapo y más sonriente de lo que yo le recordaba. Vino hacia mí y me cogió las manos que yo le tendía.

—¡Hola, rapaciña! ¿Cómo estás? Estaba deseando que llegara la hora. Me he acordado mucho de nuestras reuniones secretas y te he traído un regalo.

Un regalo. ¿Qué regalo podía compararse a tenerle allí delante? ¿Qué podía ser mejor que oírle decir que se había acordado de mí? Sentía una emoción tan intensa que no podía hablar, ni casi respirar; solo mirarle, mirarle a los ojos. La vida se me iba en su presencia.

—¿Qué pasa que estás tan callada? ¿No te alegras de verme? Abre el paquete, que te va a gustar. Y cierra un poco esos ojos tan grandes y tan bonitos, que me voy a marear.

—Claro que me alegro de verte, tonto, si estaba deseando que volvieras. A ver, dame el regalo. ¿Qué es?

Estaba nerviosa, no podía romper el papel; un libro, claro, un libro era lo más adecuado. *Fortunata y Jacinta*, de Benito Pérez Galdós.

—El de los *Episodios Nacionales*. Es una novela. ¿La has leído?

—No, no, la he traído para leerla contigo.

—Y la podemos comentar, como hacíamos el año pasado. ¡Claro! Muchas gracias, me ha gustado mucho el regalo.

Aquel verano pasaron por allí grandes escritores: Cervantes, Calderón, Tolstói, Shakespeare, Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Pereda, Victor Hugo... y muchísimos más. Allí nos familiarizamos con sus personajes más famosos: Anna Karénina, Don Quijote, Madame Bovary, Segismundo, Quasimodo, Ricardo III o

Romeo y Julieta. Allí fueron comentadas y discutidas todas las pasiones humanas que se reflejaban en sus historias.

—Yo creo que los celos son una consecuencia del amor. Nadie tiene celos de un desconocido. Es el miedo a perder al ser amado.

—Los celos son una desgracia que tiene sus raíces en el instinto de posesión. Cada uno cree que su pareja le pertenece. Solo llevan al sufrimiento.

—Si el hombre tiene su destino escrito, ¿para qué esforzarse? ¿Para qué luchar? El hombre está predestinado.

—No hay nada escrito. El hombre es libre, y su destino lo determina con sus propias obras.

—La fidelidad es primordial para la buena marcha de una pareja.

—Sí, pero la fidelidad no solo hay que aplicarla al terreno sexual, sino a la sinceridad y a la confianza mutua.

—El amor es lo que mueve al mundo.

—No, es más fuerte la ambición y el ansia de poder.

Y así, día tras día, discutíamos con apasionamiento nuestras ideas, esgrimíamos argumentos y buscábamos fallos en el razonamiento del otro.

La última tarde del verano, acabábamos de leer *Romeo y Julieta*. A mí me había parecido un exceso, una exageración.

—Alberto, yo no creo que nadie sea capaz de anteponer la muerte al amor. Si mueres, ya no puedes querer a nadie, pierdes las dos cosas: la vida y el amor.

—Yo creo que el amor pasa por encima de todo. La existencia no vale nada si pierdes el amor de tu vida.

—Pero puedes encontrar a otra persona y vivir un nuevo amor.

—Yo mismo no querría vivir para nada si supiera que iba a perderte.

Se hizo el silencio. Yo no podía creer lo que acababa de oír. Le miré con recelo por si se estaba burlando de mí. Él me miraba sonriendo, con cara de picardía.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te habías dado cuenta? Llevamos dos veranos hablando de todo lo divino y humano, y jamás me había sentido más cerca de nadie. No hay ninguna otra persona que me parezca más interesante y deseable que tú. Me gustas muchísimo, te quiero. —Hizo una pausa, como arrepintiéndose de lo que había dicho—. Por cierto, supongo que es mutuo...

Dejó la frase en alto, sin acabar, esperando mi respuesta, mirándome intensamente. Yo quedé superada por la sorpresa, aquello era demasiado para mí, era mi sueño imposible, era lo que más deseaba del mundo, lo que no me atrevía ni a imaginar. Permanecía callada, mirándole, incapaz de abrir la boca.

—¿Me vas a contestar algo o tengo que esperar al verano que viene? —dijo sonriendo.

—Alberto, yo te quiero con toda mi alma.

—¡Uf, menos mal! Creía que no lo ibas a decir nunca —bromeó.

Alberto era mayor que yo y más maduro. Él se había dado cuenta de la relación que se estaba estableciendo entre los dos. Era consciente de que la conexión, la complicidad y la amistad que habíamos logrado solo podía conducir al enamoramiento.

—Si tan seguro estabas, ¿por qué me lo has dicho en el último momento?

—No me atrevía. Me daba miedo precipitarme; temía que tú no sintieras lo mismo y se acabara nuestra amistad. Arriesgaba algo que para mí es muy valioso. Pero no quería irme sin decirte que te quiero y que me esperes todo el invierno. Seguro que así se nos hace más corto y llevadero. Cuando vuelva, tenemos muchas cosas que planificar. Vuélvemelo a decir, que yo lo oiga.

Se acercó a mí y me cogió una mano. Se la llevó a los labios y la besó.

—Te quiero, mi vida.

—Te quiero, mi amor.

Poco a poco, nuestros labios se fueron aproximando y nos besamos, con amor, con ternura, como una promesa de amor infinito y eterno.

A la mañana siguiente se fue, sin que nos volviéramos a ver.

